

John Irving
EL ÚLTIMO TELESILLA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JOHN IRVING
EL ÚLTIMO TELESILLA

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *The Last Chairlift*

1.ª edición: octubre de 2023

© 2022 by Garp Enterprises, Ltd.

© de la traducción: Juan Trejo Álvarez, 2023
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-339-4
Depósito legal: B. 14.350-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuademación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primer acto. Primeras señales

1. Una película que no se ha rodado	15
2. Primer amor	17
3. El nombre de pila	19
4. Me propuse no aprender	21
5. Pero ¿qué pasó realmente en Aspen?	24
6. Pequeña Ray	29
7. Todos están relacionados con el sexo	37
8. ¿Los has visto?	44
9. Películas, novias, extranjería, rarezas	53
10. Tarzán, no	63
11. La pequeñez como una carga	71
12. Predestinado para Pequeña Ray y para mí	85
13. El beso del hombre de las raquetas	99
14. Una decisión tomada a conciencia	113
15. Ver cosas	128
16. Lo que pasó aquella noche	139
17. El hijo de la novia	159
18. Lo que vieron los gorriones de piedra	178

Segundo acto. La luna de miel en el acantilado

19. «Me veo con tus ojos»	207
20. Un poco por detrás de las chicas de su edad, en el terreno social. Indudablemente por delante; indudablemente por detrás	216
21. Tomar el control	249
22. La segunda novia que menos posibilidades tuvo de casarse conmigo	266

23. «Casi perfecto» o «sin ataduras».....	274
24. Bastante melancólico	290
25. El «Informe policial»	312
26. El conductor a la fuga	331
27. Política sexual, un incendio, celos	347
28. Seguir creciendo	360
29. El buen pastor	388

Tercer acto. Reglas para fantasmas

30. La mujer con el cochecito de bebé	425
31. ¿Adónde han ido a parar los plátanos?.....	451
32. Una curva en el camino	471
33. Lo bastante pequeño	504
34. Nuestro marine.....	529
35. En el Ballenero	545
36. Firmas de libros	555
37. Cosas que hacer con un pene	570
38. La canción de la plaga	592
39. Wengen.....	610
40. La noche de los Papás Noel	627
41. Empezar algo	643
42. Una vida normal	655
43. Un estilo de vida bohemio	680
44. Hombres que deberían ser castrados	696
45. Loge Peak	720
46. «¡Te encontré!»	805
47. Escrito en la nieve	830
48. Cinco años, cuatro películas	858
49. No era un fantasma	871
50. Em como Ismael	955
51. «Oh, Canadá».....	980
52. <i>Los hijos de las lesbianas</i>	1011
53. La voz en el metro, el silencio en el Jardín de Rocas	1034

Agradecimientos	1051
-----------------------	------

1

Una película que no se ha rodado

Mi madre me puso el nombre de Adam, como el primer hombre de la creación. Siempre decía que yo lo era todo para ella. He cambiado algunos nombres, pero el mío no, y tampoco el del hotel. El Hotel Jerome es real, es un gran hotel. Si alguna vez vais a Aspen, os aconsejo que os alojéis allí si podéis permitiróslo. Pero si por casualidad os ocurre algo parecido a lo que me pasó a mí, marchaos sin más. No culpéis al Jerome.

Sí, allí hay fantasmas. No me refiero a esos fantasmas de los que es posible que hayáis oído hablar en relación con el Jerome: el misterioso huésped de la habitación 310, un niño de diez años que se ahogó y que aparece temblando y desaparece al instante, dejando tras de sí únicamente las huellas húmedas de sus pies; o el triste minero enamorado, cuyos lloriqueos nocturnos pueden oírse cuando se le ve por los pasillos; o la camarera del hotel que cayó en un lago helado de las inmediaciones y que (a pesar de haber muerto de neumonía) de vez en cuando se presenta para dejar las camas preparadas antes de que los clientes se acuesten. Esos no son los fantasmas que yo suelo ver. No digo que no existan, sino que apenas he tenido noticia de ellos. Porque no todo el mundo ve los mismos fantasmas.

Mis fantasmas son muy vívidos, muy reales. He cambiado algunos de sus nombres, pero no he cambiado nada en relación con la esencia que hace únicos a esos fantasmas.

Puedo ver fantasmas, pero no todo el mundo puede verlos. Sin embargo, en lo que respecta a esas apariciones, ¿qué es lo que les sucedió? Quiero decir, ¿qué fue lo que los convirtió en fantasmas? Porque no todas las personas que mueren se convierten en fantasmas.

Y, en mi caso, la cosa se complica aún más, porque no todos los fantasmas que veo son personas muertas. En algunas ocasiones, se trata de fantasmas que todavía están medio vivos; es decir, es posible que tan solo haya muerto una parte significativa de su persona. No tengo claro cuántos de esos fantasmas medio vivos son conscientes de qué parte de ellos ha muerto, y si, tanto si están vivos como muertos, deben seguir obligatoriamente alguna clase de normas al convertirse en fantasmas.

«Mi vida podría ser una película», oyes decir a la gente, pero ¿qué quieren decir en realidad con esas palabras? ¿Que sus vidas son demasiado inverosímiles para ser reales, excesivamente buenas o excesivamente malas? «Mi vida podría ser una película» significa que crees, por una parte, que las películas no son del todo realistas, y, por otra, que van más allá de lo que puede esperarse de la vida real. «Mi vida podría ser una película» significa que crees que tu vida es lo bastante especial como para merecer que se adapte a una película; que crees que tu vida se ha visto bendecida o bien ha sufrido una maldición.

Pero mi vida sí que es como una película, y no por la habitual tendencia a la autocomplacencia o la autocompasión. Mi vida es como una película porque soy guionista de cine. Por encima de todo soy novelista, pero incluso cuando escribo novelas, no puedo evitar visualizar lo que escribo: veo cómo se despliega la historia ante mí como si se tratase de una película. Me sucede lo mismo que a algunos novelistas: sé los títulos y las tramas de novelas que no voy a tener tiempo en mi vida de empezar a escribir siquiera. Al igual que la mayoría de los guionistas del mundo, he imaginado muchas más películas de las que jamás escribiré. Como le sucede a otros tantos guionistas, soy el autor de varios guiones que nunca llegarán a convertirse en películas. Me gano la vida viendo en mi mente películas que no se rodarán; las veo a todas horas. Mi vida es otra de esas películas que no se rodarán, una que ya he visto; una que voy a seguir viendo una y otra vez.

Publican tu novela, ruedan tu guion; esos libros y esas películas desaparecen. Aceptas las malas críticas y las buenas, o incluso ganas un Oscar. Pase lo que pase, nada permanece. Pero una película que no se ha rodado no te abandona nunca; una película no rodada no desaparece.

Mi madre fue la primera persona que me habló de Aspen, fue ella la que despertó en mí las ganas de conocer el Hotel Jerome. Es a mi madre a la que tengo que agradecerle, o no, haber ido yo también a Aspen; agradecerle, o no, haber pospuesto durante tanto tiempo el hecho de ir allí.

Siendo niño, estaba convencido de que mi madre sentía un mayor afecto por el esquí que por mi persona. Aquello que creemos siendo niños nos conforma como personas. Lo que nos atormenta siendo niños o adolescentes puede llevarnos a hacer cosas insospechadas, pero no culpo a mi madre por haberme dicho que su primer amor fue el esquí. No me mintió.

Mi madre era una esquiadora de primera, aunque ella no se veía a sí misma de ese modo. Siendo niño, lo que yo había oído decir era que mi madre no era buena competidora. Seguramente por ese motivo entendía que su manera de esquiar era «más bien mediocre». Tras toda una vida dedicada a ser monitora de esquí —prefería enseñar a niños y a principiantes—, a mi madre no le dolía el hecho de no haber sabido competir. Nunca la oí quejarse, siendo niño, de su escasa estatura; para ella no era un problema. Sí oí toda una letanía de quejas, por parte de mi abuela y de mis tías Abigail y Martha —las hermanas mayores de mi madre—, con relación a su complexión menuda.

—Más peso equivale a más velocidad —solía decir tía Abigail, como si se tratase de una condena. Tía Abigail era una mujer robusta, especialmente a la altura de las caderas, más bovina que grácil cuando se enfundaba unos pantalones de esquiar.

—Tu madre es muy pequeñita, Adam —me decía tía Martha con desdén—. En los descensos se requiere un peso que tu ma-

dre nunca ha tenido. Ella solo puede dedicarse al eslalon, es mujer de una sola cosa.

—¡No pesa lo suficiente! —exclamaba mi abuela con cierta asiduidad. Cuando experimentaba uno de esos espontáneos arrebatos, alzaba las manos hacia el cielo y apretaba los puños como si le reclamase algo a las instancias superiores.

A las chicas Brewster, incluida mi madre, les gustaba dramatizar sus exclamaciones, aunque mi abuela —Mildred Brewster, cuyo apellido de soltera era Bates— afirmaba constantemente que eso del drama era algo más propio de las Bates que de las Brewster.

Yo la creí. Al parecer, en mi abuelo, Lewis Brewster, el gusto por el dramatismo fue desarrollándose muy lentamente. Me habían contado que había sido director de la Academia Phillips Exeter, aunque tan solo durante un breve periodo de tiempo y sin que llegase a realizar logro destacable alguno. Durante el tiempo que traté al director Brewster, como él prefería que lo llamasen (incluso sus nietos), él ya se había jubilado. En cuanto eterno director emérito, siempre melancólico y huraño —bordando lo catatónico—, el antiguo director de escuela parecía destinado a vivir a perpetuidad. Nada parecía afectarle. Tuvieron que intervenir los cielos para acabar con él.

Mi abuelo no hablaba; apenas emitía sonido alguno. Yo estaba convencido de que Lewis Brewster había nacido siendo ya director de escuela jubilado. Si le decías cualquier cosa o hacías algo delante de él, el abuelo Lew, como él odiaba que lo llamasen, respondía (si es que llegaba a reaccionar) asintiendo o negando con la cabeza. Cuando se enfadaba, se limitaba a mascarse el bigote.

Obviamente, yo todavía no había nacido cuando mi madre les contó a sus padres que estaba embarazada. Antes de conocer la historia, tenía mis dudas sobre qué había dicho al respecto el director Brewster. Nací una semana antes de Navidad, concretamente el 18 de diciembre de 1941. Al parecer, como mi soltera madre nunca se cansó de repetir, nací con diez días de retraso.

Mi madre era de ese tipo de aficionadas al cine que no puede evitar comparar físicamente a la gente que conoce con las estrellas de la gran pantalla. Cuando el esquiador Toni Sailer ganó tres medallas de oro en los Juegos Olímpicos de 1956, mi madre dijo:

—Toni se parece a Farley Granger en *Extraños en un tren*.
—Una película de Hitchcock que habíamos visto juntos.

A mi madre le gustaba mucho Hitchcock, pero ¿tenía suficiente confianza con Toni Sailer como para hablar de él utilizando su nombre de pila?

—¡Toni estuvo a punto de caer en un pozo abierto de una mina en Aspen! —exclamó con los ojos muy abiertos, con efusividad. Después de eso, mi madre habló durante un buen rato sobre todos los teleféricos que se estaban construyendo y las nuevas pistas que se estaban abriendo en las montañas de Aspen. Dijo que se estaban aplanando y echando abajo los viejos vertederos de las minas y también los edificios abandonados, pero que todavía quedaban pozos abiertos en diferentes zonas.

Tampoco tenía claro si mi madre conocía personalmente a Stein Eriksen, el esquiador noruego; hoy, ni siquiera sé si llegaron a cruzarse. La Copa del Mundo de Esquí Alpino se celebró en Aspen en 1950.

—Tras la primera ronda, Stein estaba en primera posición.
—Pero eso no era todo lo que mi madre tenía que decir de Stein. Me refiero a que solía hablar con frecuencia de su famosa técnica del hombro invertido.

Cuando mi madre y yo vimos juntos *Raíces profundas* por primera vez —en 1953, yo debía de tener once o doce años—, mi madre señaló que Stein Erikson se parecía a Van Heflin.

—Pero Stein es más guapo —confesó tomándome de la mano—. Y tú te vas a parecer a Alan Ladd —me aseguró en un susurro, pues estábamos en el cine; el Ioka, concretamente, en el centro de Exeter, a la espera del estallido de violencia que *Raíces profundas* iba a ofrecernos.

Más tarde le indiqué a mi madre que Alan Ladd era rubio. Por mucho que me pareciese a alguna estrella de cine a medida que fuese haciéndome mayor, iba a seguir teniendo el pelo de color castaño.

—Lo que quiero decir es que vas a ser guapo, del mismo modo en que lo es Alan Ladd: bien parecido y *bajito* —replicó mi madre, apretando mi mano al enfatizar la palabra *bajito*.

Mis tías y mi abuela se quejaban de que mi madre no pesase lo suficiente para poder competir con garantías en un descenso de esquí, pero yo creo que a ella le gustaba ser menuda. Desde su punto de vista, que yo fuese bajito me hacía atractivo. Así pues, antes de alcanzar la adolescencia, analicé a Alan Ladd —el romántico y solitario pistolero de *Raíces profundas*— e imaginé que podría llegar a convertirme en un héroe, o como mínimo cabía la posibilidad de parecerlo.

¿Tuvo mi madre un encuentro (del tipo que fuese) con Stein Eriksen en Aspen? ¿Llegó a darle la mano siquiera? Yo sé que ella viajó hasta allí, porque conservó los billetes del autocar, aunque solo del trayecto entre Nueva York y Denver. No dudo de que estuviese en Aspen en 1950, pero ni tan solo se aproximó al podio en las competiciones. Dos esquiadoras austriacas, Dagmar Rom y Trude Jochum-Beiser, ganaron las pruebas femeninas. Stein Eriksen, cuyo nombre todavía no era conocido en el mundo del esquí, acabó tercero en la prueba de eslalon masculino. Los competidores estadounidenses no consiguieron medallas. Es decir, la Copa del Mundo de Esquí Alpino de 1950 se celebró en Aspen, pero esa no fue la primera ocasión en la que mi madre estuvo en ese lugar.

Me propuse no aprender

En Aspen, en 1941, se celebró el Campeonato Nacional de Descenso y Eslalon. Tuvo lugar durante el fin de semana del 8 y el 9 de marzo, tan solo un mes antes de que mi madre cumplierse diecinueve años. No conservó los billetes del autocar de ese viaje; si es que había autocares entre Nueva York y Denver en aquel entonces. Me contó que llegó a Denver por su cuenta. Me contó que hizo «autoestop durante el resto del trayecto junto a un puñado de gente procedente de Vermont».

¿Se trataba tal vez de miembros del Club de Esquí Monte Mansfield? Al parecer, eran amigos suyos con los que había esquiado en Stowe. A esas alturas, mi madre ya había abandonado la universidad; no duró en ella ni un semestre.

—Lo intenté en Bennington —tal como ella decía. Pero cuando llegó la temporada de nieve, lo dejó todo para irse a esquiar.

Muy posiblemente, mi madre fue a esquiar a la montaña Bromley. Estaba cerca de Bennington. Uno de los hijos de los fundadores de la cervecera Pabst abrió allí una estación de esquí en 1938. En la época en que mi madre la frecuentaba, había una única pista —en la cara oeste de la montaña— y no soy capaz de imaginar qué utilizaban entonces en Bromley como remonte.

—Colocaron su primer remonte de percha entre las rutas Twister y East Meadow. —Recuerdo ahora que me contó mi madre. Con el paso de los años, a base de oírla hablar de estadísticas de estaciones de esquí, aprendí a dejar de prestar atención a algunas de las cosas que me contaba.

Todas las chicas Brewster habían ido a los campamentos de verano Aloha junto al lago Morey, en Fairlee, Vermont; los campamentos para chicas más antiguos del estado, por lo visto. En

esos campamentos de verano fue donde mi madre trabajó amistad con las muchachas que esquiaban en Stowe. Mi madre se largó de Bennington en cuanto pudo; tampoco pasó mucho tiempo en Bromley. Con la ayuda de sus compañeras del campamento Aloha, pasó su primera temporada de esquí en Stowe. Eso fue entre los años cuarenta y los cincuenta, cuando mi madre ayudaba en la zona de esquí, al tiempo que se familiarizaba con las características particulares del monte Mansfield. De ahí en adelante, mi madre empezó a denominar la temporada de esquí como su «trabajo de invierno». Tanto antes como después de que yo naciese, mi madre pasó la mayoría de los inviernos en Stowe. En cierto sentido, me siento como si hubiese sido un huérfano del esquí.

Hasta el mes de julio de 1956, cuando tenía catorce años, viví con mi abuela y el director emérito. Mis entrometidas tías se preocupaban mucho por mí. Yo era hijo ilegítimo, no me quitaban ojo de encima. Como tenía dos primos mayores, la mayor parte de mi ropa era heredada; ropa de niño, básicamente.

Hay que aclarar que Nora, mi prima, no era un niño. Pero también cabe decir que era casi como un niño. Hasta que la enviaron a la escuela para chicas de Northfield, en Massachusetts, Nora vistió siempre ropa masculina. Mi primo Henrik sí era un niño; un auténtico capullo, a decir verdad. Tanto tía Abigail como tía Martha se habían casado con hombres de ascendencia noruega procedentes del norte de New Hampshire. Mis tíos, Johan y Martin Vinter, eran hermanos. La familia Vinter se dedicaba a la tala de madera. Pero mi tío Johan y mi tío Martin, no: daban clase en Exeter, y eso acabaría convirtiendo a mi primo Henrik en hijo de profesores cuando empezase a estudiar en la academia. Habida cuenta de que eran las hijas de uno de los antiguos directores del Phillips Exeter, Abigail y Martha alcanzaron la mayoría de edad prestándoles toda su atención a los jóvenes solteros que rondaban por las instalaciones de la academia, como mi madre bien había observado.

Mi madre, por su parte, llegó a la mayoría de edad prestándole toda su atención al esquí... y a los que esquiaban. A nadie le sorprenderá saber que Johan y Martin Vinter esquiaban. ¿Por qué no iban a hacerlo? Su apellido significa «Invierno» en noruego y crecieron en North Conway, donde la estación de esquí Cranmore Mountain había empezado a funcionar en 1937. Johan y Martin no

esperaron siquiera a que instalasen el primer remonte con cuerdas. Eran esquiadores de técnica telemark, les ponían pieles a los esquís y subían la montaña Cranmore para luego descenderla esquiando.

Así fue como las chicas Brewster —incluida mi madre, la más joven de ellas— aprendieron a esquiar. Abigail y Martha conocieron a los jóvenes profesores noruegos en la Academia Exeter y se llevaron con ella a mi madre, montando en el Boston & Maine; el «tren de esquiar», como lo llamaba mi prima Nora. Los fines de semana de invierno, iban todos desde Exeter a North Conway, donde se encontraban con carretadas de miembros de la familia Vinter en la estación de tren. (Mi madre siempre se refería a los noruegos de North Conway como «las carretadas del invierno».)

Eso provocó que los descensos de esquí se hicieran populares en Exeter; es decir, en la zona costera de New Hampshire, donde no hay montañas. Esquiar era lo que las chicas Brewster hacían con sus parientes noruegos durante los fines de semana invernales.

—Nos vamos al norte —decía mi madre.

Para cuando yo nací, la temporada de esquí ya se había convertido en el *trabajo de invierno* de mi madre. Desde que cumplí los cuatro años, cada invierno recibía unos esquís, unas botas y unos palos nuevos de regalo. Pero ni siquiera todos esos nuevos artilugios —por no hablar de las clases particulares que me daba mi madre— obraron el milagro.

A una edad muy temprana, durante los años de mayor capacidad de aprendizaje, decidí odiar el esquí. Habría preferido tener una madre que se quedase en casa conmigo a una que se iba a esquiar todos los años desde mediados de noviembre a mediados de abril. Yo quería que mi madre estuviese cerca de mí, no que me enseñase a esquiar. Siendo niño y también adolescente, ¿cómo podría haber demostrado mejor mi manera de entender las cosas? Me propuse no aprender a esquiar.

Habida cuenta de que era el menor de los integrantes de una familia formada por expertos esquiadores, ¿cómo era posible que no aprendiese a esquiar? Era imposible no aprender siquiera un poco. Pues no puede decirse que sepa esquiar. Me las ingenié para aprender a hacerlo de un modo muy torpe. Nadie entre los Brewster o los Vinter me calificaría como experto. Voluntariamente, me convertí en un esquiador mediocre.